

DIEZ ELEFANTES SE BALANCEABAN

Libardo Echeverri

Obra ganadora del portafolio de estímulos

“Germán Vargas Cantillo 2021”



PERSONAJES

HOMBRE A

HOMBRE B

Todo transcurre en la oscuridad.

A (*cantando*). –Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña, como veía que resistía, fueron a llamar a otro elefante... Dos elefantes se balanceaban sobre la tela de una araña, como veían que resistía, fueron a llamar a otro elefante... Tres elefantes se balanceaban sobre la tela de una araña, como veían que resistía, fueron a llamar a otro elefante... Cuatro elefantes se...

B. –¿Será que podría callarse de una vez? Me despertó con su algarabía. Si usted supiera lo difícil que es para mí conciliar el sueño, no entonaría tan alto esa horrible...

A.–¿Hay alguien ahí?

B.–Claro que sí, cavernícola ¿Qué creía? ¿Qué era el único?

A.–Sí, el único y el más desgraciado de todos. No puedo moverme, algo me está aprisionando el cuerpo, afortunadamente usted está ahí ¿Podría, por favor, darme una mano?

B.–Sí, claro, dos manos y hasta tres, si no fuera porque estoy aquí metido, tras los barrotes de una celda, igual que usted, supongo, como un vil delincuente.

A.–¿Qué dijo?

B.–Dije: de-lin-cuen-te. Es lo que es. ¿O piensa negarlo?

A.–Respéteme, no sé de qué habla, yo no soy un delincuente, ni estoy tras ningunos barrotes.

B.–¿No? Entonces dígame, ¿Dónde está?

A.–Estoy... carajo, quizá esto podría ser un... no sé, no se ve nada. Está demasiado oscuro, ni siquiera lo veo a usted, solo sé que algo está sobre mi cuerpo y no puedo moverme.

B.–Tranquilo, lo entiendo.

A.–No se imagina lo que estoy sintiendo, casi no puedo respirar...

B.–Sí, no piense que estoy muy holgado aquí... Ni siquiera puedo estirarme, además hace rato un animalillo camina por mi nuca. Mierda, debe ser una cucaracha, pero quién sabe, es un poco grande para ser una cucaracha. Ya debe estar adulta. Ahora está tras mi oreja, ojalá no se meta en ella...

A.–¿Y qué espera para quitársela de encima?

B.–Ya le dije. No tengo espacio para moverme, de hecho, tengo el cuerpo encogido, como un feto o algo así.

A.–No sabía que existían celdas tan pequeñas.

B.–Quizá no estoy en una celda, quizá estoy en el calabozo.

A.–Hace un momento dijo que estaba en una celda, ahora dice otra cosa, eso me hace pensar que no está seguro de dónde está...

B.–¡Si estoy seguro! ¡No diga estupideces!, claro que sé dónde estoy, es evidente que es un calabozo, probablemente hice algo malo. De hecho, siento en mi frente una herida, tan grande que mi dedo índice podría atravesarla, seguramente me dieron una paliza, quién sabe, tal vez me alteré, una falta ética, quizás.

A.–¿quizá?

B.–No lo recuerdo...



A.–Que extraño.

B.– No quiero hablar de eso.

A.–¿Por qué no?

B.–me avergüenza.

A.–¿Le avergüenzan sus delitos?

B.–No. Me avergüenza no recordarlos. ¿Feliz?

A.–¿Alzhéimer?

B.–¡Cállese cavernícola!, nada de eso, es solo que... todo fue demasiado rápido... como si en un espabilar todo tomara un rumbo distinto, como un sueño.

A.–¿Profundo?

B.–Sí, exacto... como un sueño profundo.

A.–Era usted, qué alivio.

B.–¿Qué cosa?

A.–El sonido extraño.

B.–¿Qué sonido?

A.–Su ronquido...

B.–Ah, sí, perdone, duermo muy poco y cuando logro conciliar el sueño me quedo profundo y entonces comienzo a roncar...

A.–Parecía de elefante...

B.–No exagere...

A.–Por eso recordé la canción.

B.–¿Qué canción?

A. (*cantando*). –Cinco elefantes se balanceaban, sobre la tela de una araña, como veían que resistía, fueron a llamar a otro elefante... Seis elefantes se...

B. –Cállese, cavernícola, no siga con esa cancioncita y por favor, no me malinterprete, cuando le decía que todo fue como un sueño. No lo tome tan literal.

A.–De acuerdo, comprendido. En todo caso debo admitir que me da alivio saber que era su roncadura. Con esta penumbra pensaba que eran sonidos de ultratumba...

B.–(*Ríe*) Por lo menos el caballero tiene imaginación...

A.–Demasiada. Le confieso que por un momento me hizo creer que estaba... (pausa).

A.–¿Que estaba qué?

A.–Sep.... sepul... sepultado.

B.–¡Yo no sepulté a nadie! Yo no sepulté a nadie, todo fue demasiado rápido, como un parpadeo. Un error desencadena otro error, es humano cometer errores... Hay cosas que se escapan de las manos y ya no hay marcha atrás, ya no hay marcha atrás, ya-no-hay- marcha- atrás...

A.–Tranquilo. No se altere ¿De qué está hablando? ¿Qué le sucede? Yo no he dicho que usted tenga algo que ver. No sea tan egocéntrico.

B.–Usted dijo. Sepultado y...

A.–Solo fue un pensamiento.



B.–Le imploro que evite esos pensamientos en voz alta.

A.–De acuerdo. No hay problema, no lo molesto más. Solo esperaré aquí. En cualquier momento alguien vendrá, solo hay que esperar... en silencio.

B.–Es lo mejor. El sabio y tranquilo silencio. Sin palabras. Sin ruidos, ni sonidos, ni canciones estúpidas. Sin perturbar a nadie. Usted no me perturba a mí y yo no lo perturbo a usted. ¿Está de acuerdo? Le pregunto ¿Está de acuerdo? Responda, diga algo. No se quede callado.

A.– (*alterado*) ¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí! ¡Ayuda! No puedo moverme y casi no puedo respirar, estoy abajo, algo me está aplastando ¡Ayuda!

B.–¡Deje el escándalo!

A.–Ah, es usted, otra vez, por un momento pensé que...

B.–Ya le dije que evitara sus pensamientos.

A.–Cierto, el silencio.

B.–¿Por qué no respondía mi pregunta?

A.–No estoy seguro. El silencio; me dejé llevar por el silencio y empecé a imaginar que...

B.–¿Y mi pregunta?

A.–¿Qué?

B.–Olvídelo.

A.–Discúlpeme, en conclusión, no lo escuché porque me estaba quedando dormido.

B.–Está bien, no tiene que disculparse, simplemente no vuelva hacerlo.

A.–¿Soñar?

B.–No, quedarse en silencio o quedarse dormido.

A.–Es complicado, no sé cuánto tiempo llevo despierto y empiezo a sentirme agotado. Además, dormir es la única forma de no sentir esta angustia y de no sentir hambre, ni sed, ni pensar en mis...

B.–Olvídelo.

A.–¿Qué?

B.–Olvídese de dormir.

A.–¿Por qué me pide eso?

B.–¿Acaso no ha escuchado que en estos casos el que se duerme pierde? Pues puede pasar que ya no vuelva a despertar más... ¡Carajo! ¡En el ojo no! ¡En el ojo no!

A.–¿De qué está hablando?

B.–El animalillo, está cerca de mi ojo.

A.–Me refiero a lo que decía sobre “no despertar más”, y qué quiere decir con “en estos casos”. Quiero dejarle claro que usted puede decir lo que quiera, pero el sueño es el sueño y cuando uno lo tiene no hay forma de ahuyentarlo.

B.–Baje la voz, no es necesario gritar, no sea tan exagerado. Escuche, para que aprenda; hay otras maneras de mantenerse despierto y atento.

A.–Diga una.



B.–Hablar de algo.

A.–No tengo nada de qué hablar.

B.–Debe haber algo de lo que le gustaría hablar.

A.–Lo único que quisiera saber es ¿dónde estoy? ¿Por qué está tan oscuro? ¿Cómo llegué aquí? Y ¿qué es esta cosa rígida y pesada que está sobre mi cuerpo?

B.–Empecemos por su nombre. ¿Cómo se llama?

A.–Manuel Monte.

B.–Manuel Monte, Manuel Monte, qué raro, siento que he escuchado ese nombre antes, pero no recuerdo dónde ni cuándo...

A.–¿Y su nombre es?

B.–No importa. Ahora una historia.

A.–¿Qué?

B.–Cuénteme una historia, así se mantendrá despierto.

A.–No sé ninguna historia.

B.–Carajo, todos saben una historia, una vivida, una vista, una escuchada, una inventada, tantas historias en cada uno de nosotros.

A.–Si tiene tantas, entonces ¿por qué no cuenta una y yo simplemente lo escucho?

B.–Porque yo se lo pedí primero.

A.–¿Eso qué tiene que ver? Usted fue el de la iniciativa, comience.

B.–Está bien, llorón...

A.–Adelante...

B.–Espere, déjeme pensar... una historia adecuada. Ya sé, esta podría ser emocionante...

A.–Lo escucho.

B.–Pero hay un problema. No recuerdo el nombre del tipo.

A.–Eso no es problema, Invéntelo, no importa.

B.–De acuerdo, supongamos que se llama Juan, Juan castillo. No, mejor Pedro. No, Pedro no.

A.–Decida.

B.–Tenga paciencia, el nombre es importante en esta historia, debe ser retumbante para que sea interesante el relato.

A.–De acuerdo, no tengo más opción.

B.–Tengo una idea. Su nombre. Recuérdomelo su nombre.

A.–¿Ya lo olvidó? Me llamo Manuel Monte.

B.–Perfecto. Supongamos que el personaje se llama así, Manuel Monte, como usted.

A.–Espero que tenga un final feliz.

B.–Ahora cierre los ojos y escuche.

A.–Da igual, con los ojos cerrados o abiertos, de todas formas, no se ve nada aquí, así que comience por favor.

B.–Aquel domingo soleado Manuel Monte, su esposa y su hijo iban como de costumbre a visitar al abuelo al cementerio, todo

marchaba normal, era una especie de paseo que hacía dos años se había convertido en un ritual sagrado tras la muerte del querido viejo. La señora Monte se puso su habitual vestido blanco y trajo consigo su infaltable sombrilla para esas calurosas salidas donde ya sabía que el sol solía reflejarse intensamente en las lápidas y acaparar todo el paisaje con su reflejo y resplandor. Todo estaba en aparente orden, el señor Monte llevaba a su familia en su auto. Atrás, el pequeño niño cantaba emocionado, pues disfrutaba y esperaba con ansia las visitas al abuelo fallecido. Pero de repente el auto giró con determinación y desvió su camino. Manuel Monte sabía que tenía una diligencia pendiente y que con el paso de las horas se hacía mayor su prioridad, después de meditar todas las noches que precedieron aquel domingo solo quedaba tomar una sencilla pero crucial decisión. Entonces el hombre se detuvo en el estacionamiento subterráneo de un gran edificio, quizá un centro comercial o de convenciones, no sé, en fin... Era un sitio predilecto para el encuentro de importantes negocios. Manuel Monte se bajó del auto y tomó una bocanada de aire y dijo a su mujer y a su hijo: «Espérenme unos minutos, hay algo que debo hacer antes y no tardaré en volver». La familia Monte nunca imaginó que aquella mañana un suceso cambiaría su destino radicalmente... Y ¿qué cree usted que sucedió? Pregunto, ¿Qué sucedió? Responda, no se quede callado. Caballero, hey...

A.–¡Estoy aquí! ¿Qué pasa?

B.–Estaba demasiado callado.

A.–Estaba recordando...

B.–Qué descarado, yo hablando solo y usted recordando...

A.–No me malinterprete, usted no estaba hablando solo, yo estaba escuchando su historia, es solo que usted le puso mi nombre al personaje y además, casualmente, yo también tengo una mujer y un niño y los fines de semana, sin falta alguna

solemos salir los tres a visitar a mi padre en el cementerio y el auto y la sombrilla y todas esas cosas me hacían pensar...

B.–Tranquilo, solo fue una coincidencia.

A.–Una extraña coincidencia que me taladró la mente.

B.–Olvídelo.

A.–Ahora estoy pensando en mi mujer y en mi hijo...

B.–Ya veo que tendré que suspender la historia. Si así se puso con el principio, no quiero imaginar cómo se va a poner con el final...

A.–Pero...

B.–Pero nada, no más historias. Definitivamente es mejor guardar silencio.

(Pausa)

B.–¿Qué es ese ruido? ¿qué hace? ¿Está llorando? Deje de chillar ¿Qué le pasa?

A.–No estoy llorando, solo estoy tratando de quitarme esto de encima, pero no se mueve ni un centímetro. Es inútil, me está aplastando las costillas. ¡carajo! Quiero salir de aquí.

B.–Tranquilo hombre, no se frustre, olvide eso.

A.–¿Cómo quiere que lo olvide? ¿Cree que todo se soluciona olvidando?

B.–Piense en otra cosa. Cuente una historia, le toca a usted. Haga un esfuerzo.

A.–Ya le dije que no sé historias.



B.–Pero si todo en esta vida son historias: lo que nos ha pasado, lo que nos pasa, lo que nos podría pasar, lo que nos pasará, la conversación con el taxista, los periódicos, la radio, la televisión, las noticias que vemos cien veces al día.

A.–Hay una historia, una noticia... de hecho; la escuché en la universidad.

B.–¿Es profesional?

A.–Sí, además especializado. Estudié en la facultad de...

B.–Vaya a la historia hombre. Por favor no entre en tanto detalle, no se torture, no quiero saber de profesiones, ni de títulos ni de facultades.

A.–De acuerdo, seré breve.

B.–Soy todo oídos.

A.–Trataré de ser fiel a los hechos reales.

B.–Como quiera.

A.–Imagine una tienda. Que digo tienda, un centro comercial de una de las ciudades más grandes del mundo, Seúl, capital de Corea de sur...

B.–Historias del otro lado del mundo.

A.–Este evento ocurrió en 1995...

B.–Historias de hace más de dos décadas.

A.–¿Será que me va a dejar contar la historia?

B.–Continúe.

A.–Imagine 1500 personas amontonadas dentro del edificio, algunos hacen sus compras, otros comen en los restaurantes, los niños juegan en los complejos lúdicos, otros cumplen como empleados del lugar, otros llevan a cabo reuniones de negocios...

B.–No me gusta esta historia, Al grano.

A.–De pronto, un sonido estrepitoso proviene del piso superior y en menos de 20 segundos todo el centro comercial se derrumba.

B.–Imposible.

A.–El edificio desaparece y en su lugar solo quedan hierros retorcidos y hormigón.

B.–¿Y las personas?

A.–Murieron más de 700 personas y otras 700 quedaron heridas

B.–Espere, eso no es verosímil.

A.–Es una noticia real, el derrumbe de la gran tienda de Seúl... si no me cree busque el archivo.

B.–No es creíble ¿Cómo puede derrumbarse una estructura diseñada para soportar las cargas que lleva?

A.–Siempre existe un punto crítico, si se va más allá de ese punto, la estructura se derrumba. Se puede llegar al punto crítico y solo bastaría con una sola gota de agua para que ocurra el desastre...

B.–¿Por qué habla de estructuras como si supiera mucho de eso?

A.–Ya le dije que fue una historia que escuché en la universidad, cuando hacía mis estudios de especialización en la facultad de ingeniería...



(Se escuchan sonidos de maquinaria pesada)

B.–¿Qué es ese ruido? No escucho nada.

A.–Todo está temblando.

B.–¿Será un terremoto?

A.–No, conozco ese sonido, es maquinaria pesada.

B.–¿Qué dice?, no lo escucho.

A.–Que es maquinaria pesada.

B.–Quizá están construyendo cerca.

A.–Está sobre nosotros.

B.– ¿Qué dice?

A.–Que está sobre nosotros.

B.–Dios mío, te pido perdón por todos mis pecados, confío en tu santa misericordia...

A.–Se detuvo.

B.–...Y en tus milagrosas manos pongo mi salvación...

A.–Se detuvo.

B.–...Amén.

A y B. –¡Carajo!

B.–Se alborotaron las cucarachas. Ahora son más de dos y caminotean por mi cara y mi espalda.

A.–Creo que lo que estaba sobre mí se movió un poco.

B.–Qué suertudo.

A.–Ninguna suerte, ahora siento que me aprisiona más. No puedo respirar.

B.–No sea paranoico.

A.–Tengo escalofríos.

B.–Respire y ya.

A.–Mis ojos se entrecierran, no resisto, siento cansancio, siento sueño.

B.–¿Sueño? Nada de eso, no se duerma, mantenga los ojos abiertos.

A.–No puedo.

B.–No tiene derecho a dormirse.

A.–¿Por qué?

B.–Usted me despertó con su canto.

A.–Y usted a mí con su ronquido.

B.–Pero su estúpida canción me perturbó.

A.–No es estúpida, es una canción infantil, parece tonta, pero no lo es, podría ser una analogía de esta vida...

B.–¿de qué aspecto de la vida? Si se puede saber.

A.–No estoy seguro, a veces pienso que el hombre es como un elefante que se balancea sobre la tela de una araña, juega como un niño, aun en asuntos peligrosos, juega y arrastra a otros a su juego. Es una cadena. Quizá esa cancioncilla hable de muchas cosas que solo podríamos ver, escuchándola.



B.–Cosas que solo podríamos ver, escuchándola... interesante...
Siga hablando.

A.–Suelo cantársela a mi hijo para dormir.

B.–El hombre juega como un niño, aun en asuntos peligrosos... y
arrastra a otros a su juego... ¿Por qué me suena tanto esto?

A.–Además fue su ronquido de elefante lo que me llevó a
entonarla...

B.–Mi ronquido no es de elefante, ya le dije que no sea exagerado.

A.–Acéptelo, parece un elefante. (*Cantando*.) Ocho elefantes se
balanceaban sobre la tela de una araña...

B.–Eso, cante, siga...

A. (*cantando*). –Como veían que resistía, fueron a llamar a otro
elefante...

B. –Su canción es como un electroshock a mi memoria...

A. (*cantando*). –Nueve elefantes se balanceaban sobre la tela
de una araña, como veían que resistía, fueron a llamar a otro
elefante...

B.–Es como si esa cancioncilla despertara mis recuerdos. Cante,
cante... A (*cantando*). –Diez elefantes...

B.–¡Diez elefantes!, sí, diez. Ya lo recuerdo, éramos diez, siga
cantando...

A. (*cantando*). –Se balanceaban sobre la tela de una araña...

B.–Sí... éramos 10, 3 funcionarios públicos, 1 arquitecto, 1 ingeniero,
tres directivos y dos administradores... siga cantando por favor...

A (*cantando*). –Y como veían que resistía...

B. –Espere, y como veíamos que resistía, el arquitecto maquilló
las grietas que surgieron por consecuencia de la sobre carga,
el ingeniero cambió los cálculos, los funcionarios filtraron los
permisos y los políticos y los administradores repartíamos las
partes economizadas, siga la canción, por favor.

A.–¿Quién lo entiende? ¿Sigo o paro?

B.–Siga, siga, siga.

A (*cantando*). –Fueron a llamar a otro elefante...

B.–Espere, eso, fuimos a llamar a otro ingeniero que debía
autorizar la habitabilidad y mientras los funcionarios facilitaban
los procesos y los directivos, distraíamos a la prensa.

A (*cantando*). –Once elefantes se balanceaban sobre la...

B.–¡Cállese ya!, silencio, por favor, no cante más, la memoria
es como un fantasma que se escabulle y se mofa de nosotros,
ahora, ese fantasma está frente a mis ojos y veo en el fondo
negro de este hueco las imágenes resplandecientes.

A.–¿Qué ve?

B.–Las vigas fallaron, las paredes y los techos se desplomaron,
el edificio se derrumbó, el polvo gris se elevó como una manta
sobre cientos de cuerpos desprevenidos, frágiles e inocentes,
cientos de cuerpos, frágiles....

A.–Como yo y como usted...

B.–No, imposible. No sea estúpido, yo no pude estar ahí, estaría
muerto ahora, aplastado y no, yo me entregué. Sí, me entregué,
fui judicializado, todo el fraude se desmanteló, yo lo desmonté



y todos los implicados fuimos condenados, estoy seguro de eso, todo fue muy rápido, eso sí, todo fue muy rápido, como un...

A.–Sueño profundo...

B.–¿Qué?

A.–Como un sueño profundo que tenía mientras estaba inconsciente... seguramente en el derrumbe perdió el conocimiento y...

B.–Que sueño ni que carajos, le cuento lo que sucedió no lo que soñé, por eso ahora estoy aquí...

A.–Bajo sus ruinas, bajo sus vigas, atrapado entre los hierros...

B.–No. Deje de decir babosadas y escuche bien, por eso estoy aquí pagando mi condena en este oscuro calabozo. En fin, ya recordé lo que tenía que recordar, gracias, ya no estoy tan angustiado.

A.–No hay peor oscuridad que la ignorancia.

B.–Así es.

A.–Y no hay mejor vela que la verdad...

B.–Aunque mis ojos aún no se acostumbran a esta oscuridad, ahora tengo la sensación de ver todo un poco más claro.

A.–La claridad es una forma de libertad...

B.–¿Qué?

A.–Decir la verdad es liberador...

B.–Claro.

A.–Y a veces, aterrador, saberla o aceptarla.

B.–Hombre, no hay que ser tan exagerado. La verdad no es tan aterradora...

A.–Empiezo a recordar.

B.–¿Qué cosa? Cállese, usted no recuerda nada.

A.–Mi mujer y mi hijo, me esperaban, abajo, en el primer piso o en el segundo, da igual...

B.–Cállese, guarde las energías, no diga más.

A.–Les dije que no tardaría, solo subiría las escaleras y firmaría unos permisos para refutar informes, sobre la visita que realizaron al edificio, equipos gubernamentales de seguridad, luego de que un supervisor encontró defectos de estructura en los techos del último piso.

B.–¡Cállese! No hable más.

A.–Al parecer, los directivos de un centro comercial de cinco pisos y tres plantas subterráneas, sabían desde hace tres días de problemas relacionados con la estructura del edificio y no ordenaron su evacuación. Sabían que ordenar la evacuación les costaría millonarias pérdidas.

B.–No había nada que ordenar, deje de palabrear, repótese.

A.–Yo subí hasta el quinto piso, allí estaban esperándome 3 funcionarios públicos, 1 arquitecto, 1 ingeniero...

A y B. –Tres directivos y dos administradores.

A.–Mi objetivo era firmar, sin miramientos, sin veedurías, sin juicios, solo firmar e irme a dar un paseo con mi mujer y mi hijo... pero de repente un estruendo vino del piso superior, todos corrían y gritaban y las grietas se precipitaban en las columnas como ríos y todo se volvió gris.



B.–Usted era el ingeniero...

A.–Manuel Monte.

B.–Manuel Monte, claro, ya lo recuerdo, usted firmó mis papeles

A.–Usted me lo pidió.

B.–Cierto.

A.–Usted me presionó.

B.–Más o menos... no exagere, no se haga la víctima, en realidad yo solo...

A.–Tengo sueño...

B.–Le hice una propuesta y usted...

A.–Ya no siento mi cuerpo...

B.–No se negó, o por lo menos no dio signos de estar inconforme...

A.–Ya nada me aprisiona...

B.–En fin, nadie está obligado a hacer nada que no quiere.

A.–Quiero dormir.

B.–No.

A.–La culpa es como un saco de ladrillos, solo hay que descargarlos para ser libres.

B.–¿Qué dice?

A.–Ahora veo todo más claro.

B.–Yo sigo sin ver un carajo. ¿Qué ve usted?

A.–Puedo ver escombros y polvo gris por todos lados, hierros retorcidos y cuerpos inertes.

B.–Pida ayuda hombre, grite.

A.–Estoy demasiado débil, siento sueño...

B.–¡Ayuda! ¡Auxilio! ¡Un sobreviviente! ¡Ayuda! Paren las maquinarias. Acá hay un sobreviviente. Hombre, haga lo que haga no se duerma, mantenga los ojos abiertos. Dígame, ¿qué más ve?...

A.–Un jardín.

B.–¿Un jardín?, eso es absurdo, hace un momento veía ruinas. ¿Ahora ve un jardín?

¿Después dirá que ve la luz al final del túnel?

A.–Sí, un jardín muy grande, lleno de flores amarillas y violetas.

B.–No juegue así, abra bien los ojos y dígame qué ve.

A.–Carmelina, Manuel.

B.–¿Quiénes son?

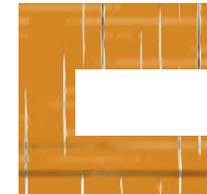
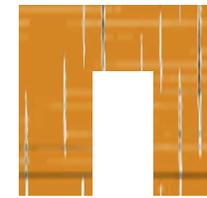
A.–Mi esposa y mi hijo.

B.–¡mierda!

A.–Me esperan.

B.–Hombre...

A.–Quedamos en ir a dar un paseo... Quedamos en ir a visitar al abuelo... Quedamos en que no tardaría... Quedamos en pasar un lindo día...



B.–No hable para sí mismo, levante la voz y aunque no tenga caso, dígame qué más ve.

A.–Solo los tres, al aire libre...

B.–¡hombre! ¡Está delirando!

A.–Abre tu sombrilla carmelina, recuerda que el sol resplandece sobre las lápidas.

B.–Ya no juegue más. ¿Está seguro de que no es la cabeza lo que le aprisionan? Porque por lo que veo ya perdió el juicio, así que mejor no diga más. Manténgase así, callado. No me haga caso, no se calle, más bien hable. Sí, diga algo, lo que sea, pero no se duerma. ¿Qué más ve?, dígame. ¿Solo flores amarillas y violetas? ¿Es tan grande el jardín? ¿Cómo son aquellas lápidas? ¿Cuántas hay? ¿Cientos? ¿Miles? ¿Millones? ¿Cuántas? Quiero saber cuántos duermen ya. Hombre, por favor, no se duerma, tengo algo que decirle antes. Usted tiene razón, estamos sepultados, soy víctima de mí mismo, soy el victimario de muchas vidas y siento que la culpa me aprisiona cada vez más, por eso, temo que usted se duerma antes que yo, pues no quiero quedarme en esta oscuridad, solo, con estas cucarachas que ahora me caminotean por todo el cuerpo. Solo, con este demonio que soy. Ingeniero, abra los ojos, manténgase despierto a toda costa, por favor, se lo ruego, se lo pido llorando. Diga algo, balbucee, chifle, cante, sí, eso, cante... esa canción, esa horrible canción... Cualquier cosa menos el silencio... (*tararea la canción del elefante*).

Resplandor.

